



Abraham García, el día 15 en Madrid. BERNARDO PÉREZ

GENTE CON LUZ

Abraham García / Cocinero

“Un restaurante sin café es pura barbarie”

LUZ SÁNCHEZ-MELLADO

Cita en la mítica rotonda del hotel Palace, donde se acudía a ver y a ser visto, y que conoció tiempos mejores. Llega, inconfundible con su sombrero y su fular, pide un café y se entrega a una conversación, más oceano que río. Hace tres meses que echó el cierre a la obra de su vida, el restaurante Viridiana, y jura no echarlo de menos. Todavía.

¿Qué ha comido hoy? Algo elemental. He ido al mercado, he encontrado una morcilla de ibérico y he puesto una sopa de ajo, lo más grande y sencillo.

Y ligerito. Bueno, de segundo he puesto caballa, que empieza a estar en su punto. Hay que aprovechar, porque llegará

el día en que todo el pescado sea de piscifactoría. Para un cocinero, el mercado es el diccionario.

¿Y para un escritor? Escribir tiene analogías con la cocina. Yo, en el mercado, ya he visto el plato. Con el folio en blanco también tiras de memoria y musas. En mi libro sobre los maquis tenía el paisaje y el habla de mi infancia en los montes de Toledo. Cuando se me atascaban los diálogos, tiraba de ahí.

¿Pasó hambre de niño? He visto a mi madre comer pan solo para que comieran mejor sus hijos. Salí del pueblo a Madrid con 13 años. Salieron las vecinas a despedirme con candiles. Esa luz me ha guiado de por vida.

¿Cuánto ha leído para escribir? Yo era pastor y solo fui

al cole de los 9 a los 13 años. Luego he leído muchísimo. Los libros han sido una ventana al infinito, y una guarida, como la de los maquis. No comparto presumir de autodidacta: eso es no saber lo que te has perdido.

¿Por qué eligió contar historias de maquis? En mi pueblo la represión fue terrible y todos sabían de alguno. Esas historias se contaban al calor de la lumbre, en voz baja. Hubo mucho miedo mucho tiempo. Mis abuelos estuvieron en el bando republicano, y jamás hablaban de eso, quizá porque les constaba que hubo tropelías de ambos lados. Una cosa grande: no nos traspasaron el rencor.

¿Cómo se hizo cronista de carreras de caballos? Me fascinaba la yegua de mi abuelo, un animal bellísimo. Las carreras de caballos son al deporte lo que

Cuentos de maquis

Abraham García (Robledillo, Toledo, 73 años) ha pasado 60 años tras los fogones. Hoy, tres meses después de cerrar Viridiana, su mítico restaurante madrileño, publica *Segar los cielos*, libro de relatos inspirados en las historias de maquis que escuchó en su infancia.

los relatos a la literatura. El derbi de Kentucky, se dirime en dos minutos y medio. Ese frenesí no tiene parangón. Me da repelús la carne de caballo.

¿Tiene otras manías? No, yo he comido y he servido de todo. Y me salió un hijo vegano.

Lo dice como un desdoro. Soy omnívoro y un hijo vegano es, teniendo la fortuna de tener 10 dedos, amputarse uno.

¿Tiene mono de ser cocinero? No echo de menos los fogones, porque cocino para mi familia y amigos. Pero sí tengo un *mono* pequeñito. Cuando cerré dije que me iba a beber el estancue del Retiro de champán para celebrarlo. En esto hay cosas buenas e ingratas. A veces querías irte y no podías, porque la gente, en estos tiempos de culto al cocinero, a mi pesar, quiere verte allí. Otras, no te querías ir nunca. Imagínate tener a García Márquez en la sobremesa.

Hay sitios que no dan café para evitarlas. Un restaurante sin café es pura barbarie. Este es un oficio duro y, ya para mí, era difícil encontrar profesionales, pagarlos lo que pagaras, porque la gente lo que quiere es tiempo, lo cual es comprensible. La buena hostelería se ha quedado sin público.

Cuénteme algún secretillo de Viridiana. Ceta era el cliente más divertido. Un día me dijo: “¿Te atreves con una cabeza de vaca?”. Le dije que encantado. Imagínate, el paraíso para un viejo cocinero: carrilleras, sesos, lengua. Pregunté cuántos venían y me dijo: “Mi mujer y yo”.

¿Qué hace ahora, jubilado? Ayer me planté en Tarragona a comer *calçots*, fijate qué privilegio. Voy al cine, al teatro y a restaurantes, pero, para la exigencia de un cocinero, es una tragedia, es difícil dejarme contento.

¿Cuál es su legado? Quizá salvaría el gazpacho de fresas. O los huevos con trufa, que el día que los puse ya pensé que se me había aparecido la virgen. Me llaman el padre de la fusión, si acaso, el abuelo. La imaginación es memoria fermentada.

Otros tienen fundaciones. No cumulo con hostias esferificadas. Este país es el paraíso del producto, y eso de hacer barbaries irreconocibles y pirámides de humo... No puedo.

MANUEL VICENT

La ola paralizada

Una tarde del pasado mes de septiembre me encontraba sentado en la terraza de un bar en una cala contra la que rompía un mar de temporal. Era mi último día de vacaciones. Para despedirme del verano pedí una ginebra con hielo, la fui degustando a sorbos que apenas me mojaban los labios y poco a poco me fui quedando absorto con la mirada perdida en el oleaje. Pese a la crueldad con que me acababa de tratar la vida, el verano me había deparado unos placeres que estaban todavía a mi alcance. Los amaneceres radiantes, algunas mañanas de pesca, la tertulia con los amigos, alguna tormenta de agosto a la hora de la siesta que había dejado la luz de la tarde preparada para un paseo muy agradable, las noches con los grillos y el croar de ranas. Era el momento de dejar atrás todo aquello. Ya se había ido el sol y al mirar por última vez el mar vi con sorpresa que el oleaje en lugar de romper contra las rocas había dejado paralizada en el aire una gran ola de aquella tempestad como cuando se congela una imagen en una pantalla. Pensé que a su alrededor el tiempo también se había detenido. Esa misma sensación tampoco me abandonó en la ciudad. Llegó el otoño y se fueron alargando las sombras; llegó el invierno con los pájaros ateridos y la leña en el cobertizo. A veces recordaba aquella ola que dejé en septiembre detenida en el aire. Han pasado seis meses.

Ha llegado la primavera, he vuelto al mar y esto es lo que ha sucedido. Después de dejar mi equipaje en casa he ido a la cala y a medida que me acercaba me sorprendía que el mar no sonara. Allí estaba la ola todavía detenida en el aire. Me senté en la terraza, pedí una ginebra, me mojé los labios y en ese momento todo el oleaje volvió a animarse y la gran ola se estrelló contra las rocas y mandó unas esquirlas de espuma hasta mis pies. Pensé que todo volvería a ser como antes. Amaneceres radiantes, mañanas de pesca, tertulias con los amigos y el mar de siempre.

EL PAÍS+, el lugar donde vivir grandes experiencias

Una web donde encontrarás eventos exclusivos: **encuentros** con artistas y periodistas de EL PAÍS, **conciertos** en primera fila, **preestrenos** de cine, obras de **teatro**, visitas guiadas a los mejores **museos** y **promociones** creados especialmente para ti.

Descubre todo lo que te espera en EL PAÍS+.

✕ @elpais_mas f elpaismas @elpaismas

